

«YO FUI UN MINISTRO DE STALIN»

De Jesús Hernández

G. del Toro, Editor. Madrid, 1971.

Por José María RUIZ GALLARDON

Ha hecho bien el editor en ofrecer de nuevo a los lectores españoles el conocido libro de Jesús Hernández escrito en la década de los cincuenta. Porque quien fuera ministro de Instrucción Pública del Gobierno republicano durante los años de guerra y miembro activo del Buró Político del partido comunista español durante casi toda su vida pública, plantea con terrible crudeza lo que fue dramática realidad y sigue siendo constante histórica, nunca desmentida, en todos los partidos comunistas europeos sometidos al mandato de Moscú. Hernández, como José Díaz, como Enrique Castro, como tantos y tantos otros comunistas que creyeron en la U. R. S. S., hubieron de sufrir en sus propias conciencias la tremenda e insalvable contradicción de, equivocados no, dar su vida por servir a unos ideales —los comunistas— y resultar a la postre —los siervos del imperialismo soviético—. Todo el drama de estos hombres sigue en

traicionaria mis principios de respeto a lo que creo ser verdad si, por estar a la moda, dejara de escribir lo que escribo. Pienso que no harán mal en releer este libro quienes lo hubieren olvidado o leerlo por vez primera los que aún no lo hayan hecho, sobre todo los más jóvenes, aquellos en los que por su entusiasmo crítico crean ver en el marxismo soviético la panacea de la verdadera democracia.

Porque el comunismo, la doctrina política que predicán quienes siguen a aquellos partidos que giran en la órbita del soviético no es democrático. No es respetuoso con los más elementales derechos de la persona humana. Desprecia todo lo que no sea favorecedor de la tendencia autoritaria y sobre todo imperialista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Y hay que decirlo así de claro. Porque con esa evidencia se patentiza, por ejemplo, en la obra que comento.

El comunismo soviético ayudó al comu-

nismo español en el difícil trance de la guerra civil sólo en la medida que convenía a la autocracia totalitaria e imperialista rusa. La labor de hombres como Togliatti, Stepanov, Codovila, Rosenberg, Marcoa y tantos otros no se inspiró nunca en la conveniencia de sus camaradas españoles ni siquiera en las constantes doctrinales del marxismo-leninismo. Cuando entraban en conflicto los intereses imperialistas rusos y los comunistas de España siempre, absolutamente siempre, prevalecían aquéllos. Y sin circunloquios ni consideraciones. Si había que matar se mataba, si había que vender al amigo se le vendía, si había que traicionar se traicionaba. Léanse para ejemplo de todos las páginas que dedica el autor a cómo y por qué el comunismo ruso se deshizo de Largo Caballero —el Lenin español— cuando creyó conveniente un acercamiento en 1937 a las potencias del eje Kato-germano. Repásese la razón por lo que accedió el doctor Negrín a la Presidencia del Consejo de Ministros y las hipotecas que toleró gravarán su designación y actuación futuras.

Y si esto ocurría con los fieles, con los adictos, lo que aconteció con los aliados del Frente Popular raya en la ignominia. Moscú se deshizo por la vía del crimen de hombres como Andrés Nin. Y de nada va-



pie. Hace unas semanas, muy pocas, se planteó en el Senado francés una ruidosa polémica entre el ministro del Interior, Poniatowski, y el senador comunista Duclos, con motivo de haber manifestado aquél públicamente el carácter casi fascista y totalitario del partido comunista francés. Bastó recordar al ministro republicano-independiente la tenebrosa actitud de los comunistas transpirenaicos en los momentos de la ocupación alemana en Francia, que coincidieron con el pacto germano-soviético, para reducir, más que al silencio, al ridículo, al discípulo de George Marchais.

Y bueno es en estos tiempos, en los que por convenir así no ya a los ideales comunistas, sino a la política de Moscú, Santiago Carrillo ofrece a los españoles la paz, el orden, la democracia y hasta el respeto por quienes participan de la fe cristiana, que se sepa cómo es y cómo actúa el amo, el único y verdadero señor. Yo sé de sobra que la propaganda anticomunista ha sido muchas, muchísimas veces, torpe y hasta infantil. Sé que son razones las que convencen y no sólo miedos. Sé que hoy se lleva muy poco el proclamarse enfrentado al comunismo, sobre todo en determinados estamentos que se dicen asimismo «intelectuales». Bien. Pero como razones sobran y una de ellas —la que supone nada menos que una experiencia histórica como la de Jesús Hernández— sigue en plena vigencia,

Neron ni los ruegos, ni las súplicas de los comunistas españoles, ni la conveniencia general de la causa republicana. Porque el odio de los «consejeros» soviéticos se cebaba sobre todo en los más cercanos, en los socialistas o troskystas. La lección, la dura lección, deberían recordarla ahora los proclives a la alianza con el partido. Ejemplo los vamos a tener desgraciadamente muy pronto en la vecina Portugal, donde el socialismo de Soares se verá o sometido o traicionado por el comunismo pro soviético de Cunhal. Y si no, al tiempo.

Por todo ello, repito, me parece de indiscutible oportunidad la reedición de este libro de Jesús Hernández, que es todo él un profundo y desgarrado lamento de quien sirvió a unos amos indignos. Es el grito desesperanzado de un hombre que, como él dice, sufrió «la tragedia de cuantos, cegados por la fe o corroidos por las dudas, pero siempre disciplinados y obedientes, fuimos dóciles a la política de Moscú, a la que en nuestra ceguera llegamos a sacrificar sagrados deberes que como españoles nos incumbían».—J. M. R. G.

(Dibujos de CAÑIZARES)